

De la decepción a la nostalgia: Una respuesta de autoprotección

From Disappointment to Nostalgia: A Self-Protection Response

Jorge Montesó-Ventura
Centre d'Estudis Antropològics ACAF
jmonteso@centreacaf.org

Fecha de recepción: 09/05/2022 • Fecha de aceptación: 03/08/2022

Resumen

Cuando la decepción de intenciones de expectativa afecta a objetos relevantes para el sujeto, su anulación puede provocar una pérdida de *familiaridad* respecto del horizonte de cotidianidad. Esta puede derivar, entre otros temples, en la aparición de un estado nostálgico que, en su expresión, no se limitará a envolvernos con su coloración sino que guarda una intencionalidad, en forma de anhelo por lo perdido, capaz de objetivarse y, por tanto, de ser utilizada como fuente de motivación para instaurar respuestas —en plural— ante dicha pérdida; respuestas, veremos, que pueden orientarse a la autoprotección frente al lapso originado en la decepción.

Palabras clave: Autoprotección, decepción, Husserl, nostalgia, reconocimiento.

Abstract

When the disappointment of intentions of anticipation affects relevant objects to the subject, their annulment can cause a loss of *familiarity* in respect of the horizon of everyday life. This can derive, among other moods, in the appearance of a nostalgic state that, in its expression, will not be limited to enveloping us with its coloration but rather keeps an intentionality, in the form of a longing for what is lost, capable of objectifying itself and, therefore, to be used as a source of motivation to establish responses —in plural— against the aforementioned loss; responses that can turning-toward to self-protection against the lapse caused by disappointment.

Keywords: Disappointment, Husserl, nostalgia, recognition, self-protection.

Intenciones de expectativa

Aunque lo abordaremos con esmero a medida que desarrollemos nuestros argumentos, a nadie le resultará fuera de lugar que afirmemos de inicio que la decepción es un concepto estrechamente ligado a la noción de *expectativa*, al no cumplimiento de sus intenciones, esto es, a aquella intención —frustrada— que engendra la posibilidad razonable de que algo suceda de una determinada manera.¹ Posibilidad, por su parte, que se fundamenta en la *experiencia acumulada* que la persona mantiene con un objeto o suceso. En términos sencillos podríamos afirmar que la decepción se produce cuando, a partir de nuestra experiencia, anticipamos o esperamos que algo se dé de una determinada manera pero, en cambio, la manifestación de ese objeto evidencia que esto no es así (en adelante, perfilaremos cómo este hecho no implica necesariamente decepción, pues hay otras reacciones, pero sí es un requisito para que esta se dé).

Así, para comprender qué entendemos por decepción y su vinculación con la nostalgia —como aquí pretendemos—, aunque solo sea mediante una ligera aproximación, deberemos empezar haciendo lo propio con esa noción de *intención de expectativa* que en un determinado momento será la que, en suma, pueda verse decepcionada y derivar en un anhelo intrínseco al estado de añoranza por lo que no ha llegado a ser pero que, en tanto vivencia pasada, continúa en nuestro recuerdo

¹ Aunque solo sirva de orientación, “decepción” —del latín *deceptio*, *-onis*— alude al pesar causado por un desengaño o, directamente, al engaño en sí, como falta de verdad (*Diccionario de la lengua española*. [En línea]: <https://dle.rae.es/decepción?m=form> [2/5/2022]). Emparentado del antiguo “decebimiento” (*Diccionario del castellano del siglo XV en la Corona de Aragón. DiCCA-XV*. [En línea]: <http://ghcl.ub.edu/diccxv/dictionary/SearchAllLemas> [2/5/2022]), “decepción” alude a la acción y resultado de inducir a error o de faltar a la verdad, expresado en su forma verbal como “decebir” (inducir a tener por cierto aquello que no lo es). Ambos términos, procedentes del latín “*decipere*”, se aplicaban originalmente a la caza para referir la captura de una presa mediante engaño, hacerle caer.

como posibilidad, aunque ahora anulada; un anhelo que, como veremos, puede ser convertido en respuesta y utilizado a modo de mecanismo de autoprotección. Tal será el recorrido de nuestro artículo.

Así, entrando en materia, sabemos con Husserl que estas intenciones de expectativa se fundan en el contenido mismo de la experiencia. Cuando, por ejemplo, percibimos algo, nuestra mirada no se da como una captación inequívoca de una presencia establecida. Podemos ver un dado, ejemplifica el propio autor, pero, condicionados por las limitaciones de nuestra corporalidad, solo un lado nos es accesible desde donde nos hallamos en cada momento. De este modo, el objeto siempre se da de manera incompleta, desde ciertas determinaciones;² en cambio, con solo ver un lado podemos concluir que *percibimos un dado*, pues no nos es extraño que este sea algo más que ese lado que estamos en condiciones de ver. “El interior y el lado posterior pertenecen también con toda seguridad al sentido de la aprehensión objetiva, al contenido del dado tal como es mentado en la percepción” (Hua XXXVIII: 26).³

Por todo ello, podríamos afirmar que en toda percepción de algo, un dado, se da una conciencia concomitante de aquello que no aparece pero que es constitutivo de ese algo. En su condición de escorzo (*Abschattung*), toda presentación implica una *mención vacía* que acompaña a los aspectos intuidos, un *sistema de remisiones* donde lo dado remite a lo no percibido en ese momento⁴ y que engendra

2 Sobre la “unilateralidad” de la percepción y su relación con la noción de escorzo, ver Hua XVI: 16.

3 Durante el artículo citaremos las obras de Husserl mediante la colección Husserliana (Hua) siguiendo la forma tradicional. Si bien encontraremos dos referencias a Hua VIII debido a que una de ellas alude a Husserliana “Gesammelte Werke” (*Erste Philosophie*) y la otra a Husserliana “Materialien” (*Die C-Manuskripte*).

4 Para que cada modo de comparecer de la cosa misma pueda seguir referenciando a otros que lo completen en la elaboración del sistema noemático y mantenerse, de este modo, en ese horizonte interno que justifica que hablamos de la misma cosa, Husserl refirió una serie de condiciones basadas en la *coherencia*, la *armonía* y el *acuerdo* (por concordancia, conformación, cumplimiento recíproco y corroboración). Estas tres condiciones deben mantenerse en cada presentación respecto del conjunto o sistema de presentaciones que componen —en forma de anticipación o referencia— el torrente unitario por el que se nos da el *eidós* de la cosa.

—o al menos tiene el potencial de hacerlo— una anticipación que requerirá de nuevas determinaciones complementarias y sucesivas de lo percibido (Ferrer, 2009: 60). Por ello, afirmamos que la conciencia de algo “siempre contiene algunas prefiguraciones (*Vorzeichnungen*) de los contenidos con los que puede toparse mediante futuras proto-impresiones nuevas, tiene un horizonte de expectativa” (Held, 2009: 16). La propia intencionalidad a la que nos referimos implica en su génesis una prefiguración potencial, mediante síntesis de identificación y unificación,⁵ de lo que está por venir, lo cual se hará, como decimos, “en conformidad con ciertos lineamientos generales o típicos” (Gurwitsch, 1979: 285).⁶ De este modo, con cada presentación de la cosa, se darán una serie de *intenciones de expectativa* de lo que está por venir, intenciones que tenderán hacia su cumplimiento (*Erfüllung*) el cual, una vez consumado, establecerá otras nuevas prefiguraciones alimentando un juego de retenciones-protenciones con el que anticipar —aunque no asegurar— lo que vayamos a vivir,⁷ esto es, anticipando a partir de un sistema que nos concede el sentido o la idea general de lo que la cosa es para nosotros, aunque lo haga de un modo siempre abierto e inagotable.

Ahora bien, como se deduce de su naturaleza, toda intención de expectativa será justamente esto, ni más ni menos que una posibilidad de lo dado, por tanto, algo distinto de lo dado en sí. Esta distancia entre lo esperado y lo dado será la que abra la posibilidad a que tales intenciones no hallen, por el motivo que sea, el cumplimiento deseado, conduciéndonos, por tanto, a un potencial estado de *decepción* (*Enttäuschung*).

5 Sobre los distintos tipos de síntesis en los análisis husserlianos, así como sobre la fundamentación pasiva de la experiencia en general, ver el trabajo de A. M. Osswald (2016). Sobre las síntesis en la percepción, ver L. R. Rabanaque (2021).

6 Sobre la noción de “tipo” en Husserl, ver el § 8 de su *Experiencia y juicio* (1980). Resulta edificante el análisis de I. Antón (2012).

7 Esto conlleva una problematicidad que no ha pasado desapercibida. El propio Held (2009: 15) lo subraya en su artículo. Husserl, en sus *Manuscritos de Bernau* (Hua XXXIII: 14), afirma que “el ahora es constituido por la forma del cumplimiento protencional”, esto es, el ahora, lo es en la medida en que se vive como el momento en que una protención logra su cumplimiento. Como decimos, esto traerá no pocas discusiones sobre la posibilidad de experimentar lo estrictamente nuevo, a saber, de aquello que escape a la lógica protención-cumplimiento.

En *Experiencia y Juicio* (§ 21), Husserl se detiene —como en la VI de sus *Investigaciones lógicas* (§ 11)— en este análisis del cumplimiento de las intenciones de expectativa que se generan en la experiencia, poniendo especial acento en un elemento para nosotros relevante, *el interés*. Husserl (1980: 78) comienza su investigación reafirmando la hipótesis de que algo hay *pre-dado* en toda percepción, siendo este un algo al que poder dirigirse. Se refiere a los *campos de sentido* que se establecen, como hemos visto, mediante síntesis de homogeneidad (afinidad) y heterogeneidad (extrañeza), los cuales no son simples procesos pasivos con los que mantener la creencia en la identidad del objeto, estos poseen *fuerza afectiva*, es decir, son capaces de desarrollar una tendencia hacia el yo, de “llamar la atención”,⁸ de suscitar nuestro interés.

Así, frente a ellos, la atención responderá en una tendencia —realizadora— que, en su señalamiento, no solo apuntará al objeto intencional sino también hacia una forma vacía —más allá de sí mismo— la cual buscará su concreción en subsiguientes realizaciones. Con el inicio de esta orientación, aunque por el momento solo apuntemos hacia el objeto, se despertará un *interés* por este en cuanto que es, es decir, un “afán por acercarse cada vez más al objeto y por apropiarse de su mismidad (*Selbst*) de manera cada vez más perfecta” (Husserl, 1980: 93). Dicho afán —que, como veremos, puede adquirir el estatus de *voluntad de conocimiento*—, en tanto “afán tendencioso hacia modos siempre nuevos de darse el mismo objeto”, quedará abierto a la posibilidad de *interrupción*, esto es, a producirse “*con obstrucciones o sin ellas*” (Husserl, 1980: 94). Tal será el germen de la decepción.

Ahora bien, advierte el pensador de Prossnitz, la aparición de una obstrucción en el cumplimiento no siempre ha de derivar en decepción, no hay relación directa. Puede que la obstrucción se produzca porque el objeto de interés desaparezca de nuestra vista, ocultado por otro que impida la captación de nuevos modos de darse.

8 Sobre la relación entre interés y atención, ver Montesó-Ventura (2019).

Esto, en sí, no generaría decepción, pues no hemos llegado al punto de confirmar si lo que íbamos a ver armoniza o no con lo presupuesto, solo interrumpiría la intención. También puede que nuestro interés por un objeto dado mude seducido por otro más poderoso, lo que provocaría dejar temporalmente el interés inicial en espera, lo que llevaría a que tampoco podamos hablar de decepción. Para que esta se dé, para que podamos hablar de decepción, nuestro interés por el objeto debe mantenerse, preservar el afán expectante y, a la vez, tener la posibilidad de comprobar que lo dado no armoniza con lo pre-figurado —incluso por su ausencia—, surgiendo así esa conciencia de lo que Husserl llama como “no el mismo” u “otro” (Hua XIX/2: 575). Solo así podríamos hablar de decepción.

Pero debemos acotar aun más el marco. El hecho de que la decepción se funde en la falta de armonización entre lo dado y lo esperado deja entrever cómo la obstrucción de las intenciones de expectativa, pese a ser impugnadas mediante la evidencia de una nueva presentación, no implica el incumplimiento total o absoluto de las mismas: “una intención es decepcionada en el modo de la contrariedad solo por ser una parte de una intención más amplia, cuya parte complementaria se cumple” (Hua XIX/2: 576). Es más, de ser plena su exención, fraccionaría la unidad del proceso intencional de modo que sería imposible poder seguir hablando de una unidad de sentido objetivo, es decir, la decepción implicaría la *exclusión*,⁹ pasando a hablar de otra cosa y no de la misma, de modo que incluso una ausencia, como la muerte de un ser querido, debe ser comprendida dentro del horizonte de posibilidad del objeto en cuestión. Como indica Ferrer (2009), “si no hubiera un cierto cumplimiento de intenciones conformes a un tipo general, el objeto como «unidad de sentido» sería aniquilado por completo” (64).

El incumplimiento, al menos en la modalidad que nos atañe, afectará entonces únicamente a una parte de la intención que señala a la expectativa, relacionada con el sentido objetivo, el cual se verá transformado por la irrupción de la obstrucción, cambiando

9 Sobre las relaciones de exclusión pura o mixta en la decepción del cumplimiento, así como de las síntesis inclusivas, ver Hua XIX/2: 576.

a ser un “no así, sino más bien de otro modo”, esto es, la esperada “concordancia” se tornará “discordancia” o “contrariedad” (Hua XIX/2: 575) provocando la aparición de un *conflicto* (*Widerstreit*) entre lo que pre-tendíamos que fuese y lo que finalmente ha sido. Dicho de un modo conciso: en la decepción, la certeza originaria que trae consigo el nuevo sentido objetivo —integrado desde este momento en la unidad de sentido— subyuga a la certeza que tenía la pre-expectativa pero sin hacerla desaparecer, solo convirtiéndola en *expectativa subyugada*, esto es, otorgándole el carácter de “nula”.

Lo que se da, pues, es una *duplicidad del contenido total del sentido de la percepción*, no una exclusión, de manera que “lo «otro» cubre y anula el sentido protencionalmente pre-señalado [...] que existía hasta ese momento” (Husserl, 1980: 96). Un efecto que no solo se desplegará sobre la aparición en sí sino también, de un modo retroactivo, sobre toda la serie de sentido, incidiendo o modificándola en su globalidad¹⁰ a la vez que duplicando su curso. De este modo, en adelante podremos identificar en la serie, mediante rememoración, tanto el sentido vigente (actualizado por la nueva vivencia) como el que queda del pre-señalamiento (en calidad de anulado) ahora cubierto por la presentación actual. Ambos sentidos permanecerán en la conciencia y ambos podrán ser representados en cualquier momento, solo que uno —el “viejo”— lo hará siempre cubierto por el nuevo bajo calidad de “anulado”. “Para la conciencia todavía se conserva como retención el sistema de la antigua aprehensión perceptiva, que se compenetra en parte con la nueva [...] con carácter de anulada” (Husserl, 1980: 98).

Ahora bien, descrito el proceso y acotado su marco, si damos un paso más en el análisis advertiremos cómo, aunque ambas “versiones” lleguen a obtener su lugar de compatibilidad en el sentido general de la cosa percibida —dentro de la cual hay que considerar

10 En adelante, Husserl matizará cómo no siempre y de un modo necesario la decepción deriva en una modalización retroactiva. Cuando la ruptura no es franca puede dejar abierto el conflicto y llevar a la duda, insoluble incluso, manteniendo la cualidad de posibilidad abierta o problemática hasta el punto de conducirnos a una pérdida del interés por el objeto en cuestión (Husserl, 1980: 99 y sig.).

también el estado de *duda*¹¹—, la *relevancia afectiva* con que cada una de ellas se manifieste seguirá siendo independiente de su modalidad de aparecer —en presencia o mediante evocación— así como de la consideración con que las tomemos, es decir, el sentido anulado de una serie puede seguir resultándonos, pese a la decepción vivida y su consecuente carácter de anulado, mucho más relevante que el vigente, hasta el punto de generarnos serias dificultades a la hora de aceptar su nueva condición.

La nostalgia como posible reacción frente a la decepción

Considerar ese “sistema de la antigua aprehensión perceptiva” como anulado —por tanto, parte del “pasado”— no tiene por qué alterar, ni mucho menos socavar, la relevancia afectiva que dicho sistema mantenga para mí, solo que anteriormente lo tenía como posibilidad presente y ahora, en tanto anulado-clausurado, lo hará como posibilidad representable o evocable (*Vergegenwärtigung*). Consecuentemente, mi interés por el sentido anulado no tiene por qué verse menoscabado, llegando incluso a poder mantener mayor relevancia afectiva que el vigente, el cual puede verse incluso extinguido e ignorado.

Es innegable que la evidencia de la nueva presentación obliga a reconsiderar el objeto como distinto de lo esperado, pero la modificación del sentido puede sustentarse en una alteración en el contenido de la experiencia que no afecte a su relevancia afectiva (por ejemplo, creía que todo el dado era blanco, sin embargo descubro que su reverso es rojo; aunque el color encontrado no es el que esperaba, ello no altera mi intención de seguir jugando, por tanto, mantiene su relevancia o irrelevancia para mí). En cambio, puede suceder que el objeto, tras la decepción, sí deje de resultarme interesante, al menos en adelante, pues la nueva información incide

11 En el mismo capítulo donde Husserl aborda la obstrucción y el origen de la negación, hace lo propio con la conciencia de la duda (Husserl, 1980: 99 y sig.). También hay que añadir aquí la tendencia constante a la *corrección* cuando no se produce la confirmación de la anticipación (Hua VIII: 46).

expresamente en aquellos elementos que lo hacían relevante para mí, bien sea eliminándolos o alterándolos de un modo ineludible (por ejemplo, el reverso del dado que me interesaba para el juego sorprendentemente no posee números, algo que impide de forma ostensible que pueda seguir jugando con normalidad).

Esta situación presenta dos desenlaces posibles: que el objeto en sí deje de interesarme por completo, no solo en su presencia sino también de forma retroactiva afectando a la serie completa y, por tanto, deje de preocuparme de él (el juego era un mero pasatiempo, así que la decepción vivida con el dado tampoco me ha supuesto nada, simplemente dejo de jugar); o puede que su relevancia se mantenga, aunque solo lo haga *asida al sentido ahora anulado*. Dicho de otro modo, puede que con la aparición presente el objeto ya no me interese, pero puede que el interés sí se mantenga vinculado al objeto a través del recuerdo de aquellas intenciones de expectativa que, en tanto posibilidad, eran relevantes para mí¹² (quiero seguir jugando y el dado ha frustrado algo que para mí era importante; no tengo otro dado, así que me veo limitado, quedándome con las ganas de seguir jugando, generándome frustración). Con todo, el objeto (el dado) me sigue siendo relevante, pero no como ha demostrado ser, sino en su modo anterior, en el “modo esperado” (con todos sus lados numerados).

Esta contradicción, este *conflicto*, es el que me empuja a *resistir la aceptación* de ese “no el mismo” u otredad presentada, evidenciando un conflicto de intereses. Y siendo que no hallo alternativa a la vista, no tengo otra opción que o bien asumir la pérdida y renunciar a mis intenciones, lo cual puede dejarme sin quehacer, desocupado; o agarrarme al recuerdo de cómo esperaba que hubiese sido —a las *viejas* intenciones de expectativa—, aun siendo consciente de su estricta imposibilidad.

12 Es necesario destacar cómo la conciencia de esta relevancia en ocasiones no se alcanza hasta el momento de la decepción. Es su ausencia/anulación, en estos casos, la que evidencia y hace tomar consciencia de su relevancia; aquello de “no sabía cuánto lo quería hasta que lo perdí”. De modo que no será, quizá hasta la rememoración de la serie anulada, que el sujeto la *reconozca* como relevante y central en el establecimiento de su idea de mundo-propio.

Esto, que con un objeto trivial puede parecer caprichoso, no lo resulta tanto cuando relacionamos la decepción con elementos especialmente relevantes y no canjeables que tienen que ver con aspectos biográficos de un sujeto, como perder a un ser querido, descubrir una infidelidad o verse forzado a migrar, ejemplos donde la nueva realidad, aunque se halle potencialmente dentro de las posibilidades contempladas —pues recordemos que ningún incumplimiento es total¹³—, rompe con lo esperado, afectando, por su alta relevancia y su relación con nuestro proyecto de vida, a elementos esenciales en la construcción de nuestra noción de “mundo propio”, hablamos, como decimos, de seres queridos, del lugar donde vivimos, momentos importantes... vivencias que, de un modo u otro, conforman nuestro horizonte de *familiaridad*.

Una decepción en tales términos obligará, como hemos visto, a alterar el sentido de la serie referente al objeto, algo que no resulta sencillo de aceptar en casos como los citados, produciéndose importantes *resistencias* ante la nueva realidad: *aunque soy consciente de su estado de anulación*, pues la evidencia está ahí y es irreversible, *me resisto a aceptarla como tal*, a aceptar ese “no el mismo” dado.¹⁴ De algún modo, en casos como estos, el sujeto se resiste a aceptar la desvinculación con su ahora pasado y, frente a la ausencia de alternativas plausibles en el horizonte actual (pues nadie reemplaza a un ser querido), se ampara en el recuerdo para tratar de reactivar el sentido anulado que regresa con él (Hua X: 52). Sin embargo, es inevitable que pronto advierta cómo este lo hace predirigido, es decir, pese a

13 Lo esperado tiende a confundirse, perversamente, con lo deseado, pero no siempre es así. Todos somos conscientes de la inevitabilidad de la muerte, sabemos que nuestros seres queridos pueden fallecer en cualquier momento, lo contemplamos como un potencial desenlace, o lo que es lo mismo, forma parte de nuestro abanico de expectativas. En cambio, con frecuencia, este tipo de pre-figuraciones quedan arrinconadas, desestimadas intencionadamente por el dolor que nos produce solo plantearlas. De algún modo, “nos convencemos” para considerarlas poco probables, al menos por el momento, pese a su sabida inevitabilidad, hasta el punto de oscurecerlas. Por eso, cuando el deceso sucede, especialmente si es inesperado, la decepción que nos invade es notoria, con mucha carga afectiva, pero nunca plena.

14 Recordemos que entre la aceptación y la negación de lo vivido cabe la contemplación de fenómenos como la duda o el deseo de corrección.

su posibilidad de protencionar mediante renovación,¹⁵ no hay posibilidad efectiva de re-vivirlo tal y como se viviera de forma originaria, pues ya está anulado, y así se manifiesta, como presencia de la cosa ausente o *ausente-ya-sido* (Hua X: 37). Digamos que, en el fondo y pese a sus resistencias, el sujeto no ignora que ya no hay persona amada, ni la habrá; no, al menos como él la desea.

Esta tendencia a mantener presente aquello que queda de mi experiencia previa a la decepción —que en tal caso actúa como *lapseo*— se experimenta de un modo especialmente intenso, como decimos, en aquellas experiencias que, por asociación, se hallan involucradas en la edificación de nuestra noción de “mundo propio”, pues en ellas sentimos cómo la pérdida (la obstrucción o negación de lo esperado) dificulta enormemente el reconocimiento de parte del horizonte de *familiaridad* donde nos hallábamos sumidos, dejándonos, al menos durante un periodo de tiempo, en un estado de *desazón* inquietante. Recordemos aquella angustia de vernos frente a lo extraño (*Fremdwelt*), en un mundo vacío de referencias, impredecible y anónimo (*Namenlose*) que señalase el propio Husserl (Hua XV: 429).

También Heidegger (2009: 202 y sig.) analizó detenidamente este estado de angustia de hallarse en medio de un mundo inhóspito (*Unheimlichkeit*). Para este último, esta sensación frente al mundo se produce cuando algo no surge tal y como esperábamos, en tanto genera una sensación de *rotura* en la unidad de sentido que nos lleva a perder las referencias. Aparece entonces esa sensación de no-estar-en-casa (*Un-zuhause*), cuando advertimos que la familiaridad cotidiana en la que nos movíamos se derrumba y sentimos cómo quedamos aislados estando-en-el-mundo (2009: 207), desocupados frente a la totalidad de éste. Sentimos, entonces, esa desazón que trae la angustia, coloreando el mundo con su tono inquietante. “Aquello ante lo cual la angustia se angustia es el estar-en-el-mundo mismo” (2009: 205) como algo inesperado, extraño, frente a uno mismo como posibilidad de ser desde sí mismo. Esta extrañeza, eso inesperado, es

15 Decía Husserl al respecto: “una marcha de la actividad en el modo percibir-otra-vez, ser-otra vez-en-presente, otra vez-ir-hacia-el-futuro, el futuro-que-ya-fue. Siendo ahora activo en el recuerdo [...]. Tengo un horizonte de futuro en el modo otra vez” (Hua VIII: 266).

la que nos hace sentirnos fuera del hogar, inhóspitamente, donde no podemos dar nada por sentado pues no hay conocimiento implícito que pre-delinee lo que está por venir, nada que nos permita anticipar.

Así, incapaces de hallar asideros que consientan la reorientación de nuestros parámetros de familiaridad para con el objeto, solo el pasado —donde el sentido todavía guardaba sus intenciones abiertas— parece ser capaz de devolvernos dicho estado, manteniendo la angustia arrinconada.¹⁶ Eso, o asumir la decepción; cosa, esta última, que permitiría cierta resignificación del objeto para adaptarse a la situación actual y continuar con los objetivos, pero ello requiere de un gran esfuerzo, exige reconsiderar nuestra relación con el objeto, con el medio, con nuestro pasado, con nuestras expectativas... su sola posibilidad, en casos tan relevantes, puede afligir incluso más a la persona sufriente y engendrar, al menos por un tiempo, mayor angustia. Así que, *mientras esto no suceda* —que, como decimos, puede requerir de tiempo—, la tendencia a echar la vista atrás nos atrae enormemente, *llamados* por lo relevante del recuerdo de un sentido que, aún anulado, retiene cierto significado de posibilidad, hasta el punto que su encuentro puede provocar en nosotros una *dicha reconfortante que, sin anular el dolor de reconocer su imposibilidad, nos basta por un tiempo*, al menos mientras reconozcamos en el horizonte prelapsario un reflejo de lo familiar perdido, de esa *vivencia de hogar (Heimlich)*¹⁷ ahora extraviada.

Es en esa reacción emocional que tomamos conciencia de hallarnos bajo el manto de un nuevo temple, un estado de ánimo que combina en su expresión ese *dolor (ἄλγος)* causado por la decepción

16 Sobre la relación entre angustia y nostalgia, ver Montesó-Ventura (2021).

17 Por *hogar* debemos entender esa vivencia que nos concede la “porción” de mundo que, por *pertenencia, confiabilidad o disponibilidad* (Waldenfels, 2001: 122), nos transmite la sensación de *familiaridad*; esa atmósfera que se manifiesta a través de un sistema de relaciones y continuidades desde las que siento cómo las cosas que me rodean tienen su lugar; donde soy capaz de anticipar sus movimientos a partir de la predelineación pasiva que permiten mis habitualidades. En suma, un mundo con el que estamos tan familiarizados que somos capaces de pre-disponer el sentido de las cosas en tanto nuestras intencionalidades hallan, mediante las debidas síntesis de cumplimiento, su confirmación (Steinbock, 1995).

irreversible de renunciar a lo esperado, con el anhelo que sentimos por su *retorno* (νόστος), por el reencuentro y reconocimiento de lo ahora perdido; un estado —nostálgico— que nos envuelve con su coloración a la vez que nos insta con un prurito de deseo desesperado al que nos agarramos con vehemencia.

La nostalgia, de reacción emocional a respuesta de autoprotección

Básicamente entendemos por nostalgia aquella vivencia en la que experimentamos ese *dolor* o duelo que provoca el deseo de recuperar el *hogar perdido* o, afinando un poco más, la *vivencia de hogar perdido*, de ese mundo propio que se nos suele dar objetivado en forma de personas, lugares, momentos...¹⁸ Su ausencia, dada su relevancia, nos trae el deseo o anhelo de su restauración, de su regreso, sin dejar de ser, por ello, conscientes de su estricta irrecuperabilidad, de aquí el dolor y la ambivalencia propios de la nostalgia. Pues, precisamente, es la consciencia de la *irreversibilidad de la pérdida*, de la evidencia de la decepción vivida que es asumida como irrevocable, la que conduce al estado en cuestión, es decir, cuando ya no queda duda por cuestionar.

Frente a una decepción tal, asumido el pliegue de la renovación de unas expectativas que ahora se deben a lo ya sido, es el momento en que se dan las condiciones para que aparezca el temple (*Stimmung*) nostálgico, una suerte de *coloración emocional*¹⁹ en forma de tristeza melancólica, que acompañará la *desazón* que provoca sabernos privados de ese horizonte de “propiedad” o familiaridad en el que nos desenvolvíamos como estando-en-casa, lo que no significa, huelga

18 Hay que tener en cuenta la variabilidad semántica sufrida por este concepto desde su misma acuñación por Johannes Hoferen en 1688, especialmente de la mano de los románticos. Para un reconocimiento histórico-conceptual del mismo, ver: Boym (2001); Bolzinger (2006); Dodman (2018). Para un análisis fenomenológico de la nostalgia, ver: Quepons (2013 y 2015) y Montesó-Ventura (2022).

19 La idea de coloración alude a la noción de *temple de ánimo* que Husserl aborda en la ya citada Hua XXXVIII; también la V de sus *Investigaciones lógicas*; Zirióñ Quijano (2019) refiere también a los *Studien zur Struktur des Bewusstseins*.

decir, que semejante estado no pueda ser inducido por otros motivos distintos a una decepción, solo que aquí remarcamos la posibilidad de que la decepción derive, efectivamente, en un estado nostálgico.

Semejante *resplandor*, en su envoltura, será el que genere, en tanto nostálgicos, que seamos especialmente sensibles a todo lo que, por asociación, facilite la evocación o re-presentación del sentido anulado,²⁰ pues es propiedad de los temples vividos “ocupar un mayor o menor campo de la atención. [...] El yo puede también, para decirlo figuradamente, hacerse cómplice de él” (Zirión Quijano, 2019: 141). La coloración nostálgica se implicará en un proceso de modificación de acentos en el presente influenciados, mediante síntesis asociativas, por el relieve que se proyecta desde el pasado,²¹ de modo que el nostálgico sentirá un incremento de su interés por aquello que permita recuperar —reactivar— las intenciones de expectativa ahora cubiertas por la nueva realidad. De este modo, todo aquello capaz de evocar recuerdos relacionados con lo “perdido” cobrará una inusitada relevancia para el sujeto, algo, qué decir cabe, muy explotado por los analistas de mercado hoy en día.

Pero, más allá de los efectos de esta coloración, analizada como ya hemos reseñado en otros lugares,²² nos interesa enfatizar cómo, dentro de la complejidad del fenómeno descrito, en la nostalgia se da a su vez la activación de una intencionalidad,²³ más o menos tematizada —pues no siempre el contenido de lo relevante-pasado se nos aparece con plena claridad—,²⁴ dirigida a lo que ahora se

20 Husserl habla, justamente por esto, de un *resplandor prestado*, “pues el objeto resplandece afectivamente «por mor» de que nos recuerda o su presencia evoca el recuerdo del objeto anhelado e irreparable” (Quepons, 2015: 207).

21 Las síntesis asociativas que se producen en este contexto prefiguran el relieve del campo *hylético* que, además de motivar el volverse efectivo del yo ahora, tiene su impacto en el relieve que ponte a lo pasado con el presente. Ver Osswald (2016: 123 y sig.).

22 Ver nota 19.

23 En su análisis, Quepons, remarca la complejidad del sentir nostálgico y cómo, implícito en él, se da “una forma de anhelo de volver a vivir aquello que se vivió con agrado” (2014: 217), esto es, un anhelo por lo que fue y no es más pero que permanece en la memoria como anulado, pero susceptible de ser evocado.

24 Como indica Quepons (2015: 216), puede que la intencionalidad refiera a aconte-

halla ausente y que motiva este estado, al sentido anulado. En otras palabras, en este punto precisamos centrarnos en el hecho de que, bajo el tono nostálgico, el sujeto no solo tamiza su sensibilidad para con el mundo sino que la re-presentación de la experiencia deseada tiene la posibilidad de tornarse *fuentes de motivación* y, por tanto, convertir la reacción en respuesta, o respuestas (en plural).

En la evocación o re-presentación de aquello pasado se obtiene la posibilidad, aunque a modo de *una-otra-vez*, de recobrar, mediante el recuerdo y su interpretación, cierto estado de continuidad pasado-presente, algo que, con la decepción, sentimos quebrantado. El deseo que empuja a recordar el pasado pretende volver a coser dicha continuidad, sentir presente aquello ausente-ya-sido vinculándolo nuevamente a un yo que busca retomar su operatividad, *volver a sentir el hogar*. Tomar consciencia y dar curso a ese anhelo ofrece una oportunidad de reencuentro —aunque sea mediante el recuerdo— dónde conciliar el sentido perdido-anulado con el presente, pues debido a la inesperada e indeseada obstrucción de las intenciones y a su relevancia, ésta quedó *mal-cerrada* —o mal aceptada por nosotros en su clausura—, por tanto, desafinando dentro del tono unitario de nuestra vida. En otras palabras, ese deseo por volver (*νόστος*) nos empuja hacia un reencuentro dónde poder articular, *mediante reconocimiento*, una narrativa con la que conciliar ambos relatos y desbloquear la situación de desazón y conflicto en la que nos hallamos tras la decepción.

Esta es una especificidad muy interesante de la nostalgia: la presencia de un anhelo, objetivable, que, siendo parte de la misma reacción emocional, puede ser abordado de forma independiente de su conjunto, lo que significa que puede seguir su propio curso e incluso ser elevado a la condición de voluntad pues, en tanto anhelo, cabe la posibilidad de tomar conciencia del mismo, de objetivarlo, y conectarlo al yo de modo que permita engendrar respuestas voluntarias, es decir, de ser convertido en fuente de motivación para dirigirse a un fin determinado.

cimientos perdidos, que sabemos amados, pero que en su evocación no alcancen a realizarse en forma de una referencia activa y temática, como muchas de nuestras vivencias de infancia.

Tales fines quedarán ya vinculados a contingencia, divergiendo en cada sujeto según las necesidades e intereses que en ese momento le afecten. Habrá situaciones donde baste con “viajar” al pasado-recordado para reencontrarse con aquellas vivencias clausuradas y sentir la dicha pasajera que provoca el reencuentro (sucede cuando escuchamos una canción, leemos una carta, o algo tan frecuente hoy en día como ver una serie de televisión de las calificadas —cómo no— de nostálgicas). Con ello, se pretende recuperar cierto halo de conexión con las expectativas pasadas, también con las promesas o sueños interrumpidos que, al ser vistos desde el presente —sin menospreciar las “oscuridades” y fragmentaciones propias del recuerdo²⁵—, permiten conectar ambos horizontes bajo un mismo relato, bajo una perspectiva longitudinal de nuestra vida en tanto unidad, incluyendo en ella las decepciones y reparaciones sufridas. Ya lo subrayó Ferrer (2011: 176) al decir que esta mirada al pasado “no es tan solo conciencia intencional de un acontecimiento pasado, sino además auto-conciencia”.

Esta mirada concede, al menos, una pausa reparadora, aunque sea eventual y perecedera, pues no deja de ser fruto de una evocación, donde el sujeto sufriente halla una oportunidad con la que apaciguar la extrañeza en la que se halla mediante el reencuentro con lo familiar-perdido: la famosa dicha del nostálgico. Pero, pese a que haya, como decimos, a quienes esto les baste, puede que haya otros a quienes les sea insuficiente, y otros que exijan reinterpretar o reconducir sus decepciones mediante la incorporación de los sentidos anulados al relato vigente, esto es, *usar* ese deseo de recuperar el pasado como puente hacia ese tiempo, de reconocida relevancia, que ahora se nos ofrece mediante rememoración abierta a reinterpretaciones, incluso

25 Esta “oscuridad” puede incluso jugar a favor de la flexibilidad interpretativa que permita el ajuste del contenido de la vivencia evocada a los actuales intereses. En el fondo, al nostálgico no le importa tanto recuperar con exactitud el contenido del recuerdo como la sensación de continuidad pasado-presente que este permite, pues ahí reposa su idea de “hogar”. De hecho, si se pudiese obtener la impresión en su estado originario, debido a la nueva situación existencial, esta conduciría a una experiencia del aparecer completamente distinta, por lo que ya no podríamos hablar de continuidad. De modo que, para los intereses del nostálgico, las oscuridades del recuerdo son buenas acompañantes.

a pesar de su innegociable condición de ya-sido, como es el caso de aquellos que prefieren, como diría Boym (2001), reflexionar sobre el paso del tiempo desde el presente. Incluso puede que haya quienes prefieran *convertir* ese anhelo en motivo para la restauración de su pasado recordado en el presente vivido, es decir, usar sus recuerdos como directrices para modificar su horizonte de actualidad con la intención de que aquellas expectativas anuladas puedan hallar una nueva oportunidad de revivificación, es decir, de rehacer el mundo a imagen y semejanza de su pasado recordado, de modo que se “identifique” con ese “mundo propio” ahora extraviado, como sucede con los movimientos de inspiración tradicionalista.

En todo caso, lo común a todas estas motivaciones será la *necesidad de un reencuentro*, consciente, que pretende ser convertido en instrumento de oportunidad, oportunidad de reencontrarse a uno mismo tras las series inconclusas, de reconciliarse con la suma de sentidos que han ido quedando por el camino pero que, sin embargo, persiguen al sujeto como parte de un sí mismo que se resiste a abandonarlos pese a las decepciones acumuladas; un reencuentro, en suma, que poder convertir en oportunidad de reconocimiento, de *reconocimiento de sí* (Ricoeur, 2005: 81 y sig.), tan necesario para recuperar asideros de lo que debiera ser su espacio de “propiedad” y que ahora, sin embargo, le resulta tan extraño.

Así, la evocación, convertida en ejercicio, concede la oportunidad de reconocer los restos inconclusos o abandonados que, en su ausencia pero dada su relevancia, siguen afectando a nuestro presente, alterando la percepción del medio pese a —o precisamente por— su ausencia, algo que dificulta severamente la asunción de este como horizonte de “propiedad”. A su vez, este tipo de evocación permite ejercer una reinterpretación de los sentidos anulados sobre la base de la situación actual, algo que puede tardar años en darse, pero que tarde o temprano permite reinterpretar lo anulado a partir de lo evidente e inevitable. Esta posibilidad de conciliación pasado-presente, o de sentidos anulados-deseados con los vigentes-no-deseados, pese al grado de problematicidad intrínseca que puedan tolerar, se presenta al menos como una oportunidad de restablecer la conciencia de unidad en nuestra vida, esto es, de recrear relatos

unificadores con los que “coser”, de un modo más o menos armónico y coherente, los horizontes que se escindieron a partir de una determinada decepción.

Conclusión

Hemos visto, pues, cómo la decepción de intenciones de expectativas, en determinados casos donde la serie anulada, pese a serlo, sigue manteniendo una importante relevancia afectiva para el sujeto —por tanto, es capaz de suscitar su interés en el presente— tiene la capacidad de derivar en un estado de dolor/duelo por ausencia (ἄλγος) y anhelo por el retorno (νόστος) que nos insta a su recuperación, a su evocación. Hemos visto cómo esta relación, más allá del carácter emocional, en la objetivación y reflexión sobre el anhelo y su objeto, ofrece la posibilidad al sujeto a dialogar con sus decepciones y sus desencantos, con sus expectativas defraudadas o intenciones anuladas, lo que resulta fundamental a la hora, no solo de recomponer discontinuidades y curar heridas, sino también de establecer proyectos más ajustados al mundo en torno, más fieles a la realidad en sí sin, por ello, tener que renunciar a los sueños que las sustentan.

Lamentablemente, la nostalgia no suele venir acompañada de este tono de oportunidad, a veces más bien es al contrario. No es extraño que los medios de comunicación vinculen los estados nostálgicos, precisamente por su capacidad motivacional, a movimientos ideológicos o políticos de tendencia conservadora o a populismos y proyectos de restauración social; cuando no, a un tipo de comportamiento directamente escapista o de autocomplacencia frente a situaciones de angustia manifiesta (Kalinina, 2016: 8-9), sea el caso de las series televisivas que revisan el pasado y que actúan como refugios temporales, píldoras de dicha que captan usuarios de un modo extremadamente rentable.

Evidentemente, no negaremos aquí que tales derivadas formen parte del abanico de usos que se desprenden del sentir nostálgico, es más, según lo visto, confirmaríamos que todos ellos coinciden

perfectamente con lo indicado. Pero si alguna conclusión debe evidenciar el presente artículo es que quedarse con esta visión es caer en reduccionismo, es limitar nuestro conocimiento del temple y alimentar un absolutismo que durante mucho tiempo —de un modo más o menos intencionado— ha acompañado a la nostalgia manteniendo ocultas muchas otras formas de vivirla y expresarla.

Confundir la nostalgia con sus usos es un prejuicio tan ilógico como extendido. Tal y como hemos intentado hacer ver en este artículo, es imprescindible separar en la vivencia nostálgica lo que proviene “del contenido, el autor y la audiencia de una narración nostálgica [...] de la crítica de la estructura de la nostalgia misma” (Tannock, 1995: 456), esto es, es necesario mantener al margen los prejuicios y el peso histórico que el término arrastra consigo y *preguntar a la nostalgia misma*, en tanto vivencia emocional, qué es y qué posibilidades guarda bajo su experiencia, pues una cosa es la experiencia emocional en sí, compartida, y otra qué haga cada cual con ella y hacia dónde dirija sus intenciones.

Así que, para cerrar, debemos insistir en lo más básico, esto es, más allá de los usos que cada cual le sepa sacar a la nostalgia —sea para restaurar las condiciones del pasado en el presente en un intento de corrección; para reconsiderar viejas experiencias con las que levantar nuevos modos de comprender el mundo; para preservar la sensación de unidad en un proyecto de vida alterado; o simplemente como mero refugio ante la desazón del mundo— *la nostalgia sencillamente es*. La nostalgia es ese temple emocional que se activa ante la desazón que provoca saberse privado del horizonte de familiaridad, como sucede cuando nos hallamos ante un incumplimiento —o ante su recuerdo— de las intenciones de expectativa; un temple que, con éxito o sin él, emerge como gesto de protección, o autoprotección, frente a semejante experiencia de pérdida —angustiosa— en la que el sujeto se halla. Todo lo demás, como decimos, es una instrumentalización que queda en el terreno de lo contingente, pero que no se reduce a ello; tal es la cuestión. La nostalgia no solo conduce a mirar atrás, su experiencia puede ser una oportunidad para reconciliar las miradas hacia el futuro cuando éste se pierde entre la anomia del presente, cuando la decepción nos priva del reconocimiento que

requiere la familiaridad y que podemos rescatar en ese pasado recordado para continuar el camino. En resumen, un modo de protegernos y curarnos ante la pérdida de sentido.

Referencias

- Antón, I. (2012). “El tipo y la posibilidad de la evidencia en Husserl”. En *Tópicos*, n. 43, pp. 173-190.
- Bolzinger, A. (2006). *Histoire de la nostalgie*. Paris: Campagne première.
- Boym, S. (2001). *The Future of Nostalgia*. Nueva York: Basic Books.
- Dodman, Th. (2018). *What Nostalgia Was: War, Empire, and the Time of a Deadly Emotion*. Chicago: Chicago Press.
- Ferrer, G. (2009). “Percepción, conciencia de imagen y consideración estética en la fenomenología husserliana”. En *Eidos*, n. 10, pp. 52-91.
- (2011). “Experiencia del pasado e imágenes poéticas. Edmund Husserl y Paul Celan (una lectura fenomenológica de *Sprachgitter*)”. En *Investigaciones fenomenológicas*, n. 8, pp. 169-204.
- Gurwitsch, A. (1979). *El campo de la conciencia. Un análisis fenomenológico*. Traducción de J. García Gómez. Madrid: Alianza.
- Held, K. (2009). “Fenomenología del «tiempo propio» en Husserl y Heidegger”. En *La lámpara de Diógenes*, n. 18-19, pp. 9-19.
- Heidegger, M. (2009). *Ser y tiempo*. traducción de J. E. Rivera. Madrid: Trotta.
- Husserl, E. (1959). *Erste Philosophie (1923/24)*. Zweiter Teil: *Theorie der phänomenologischen Reduktion*. En *Husserliana VIII*. R. Boehm (ed.). La Haya: Nijhoff.
- (1966). *Zur Phänomenologie des inneren Zeitbewusstseins (1893-1917)*. En *Husserliana X*. R. Boehm (ed.). La Haya: Nijhoff.
- (1973). *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität. Texte aus dem Nachlass. Dritter Teil: 1929-1935*. En *Husserliana XV*. I. Kern (ed.). La Haya: Nijhoff.
- (1973). *Ding und Raum. Vorlesungen 1907*. En *Husserliana XVI*. U. Claesges (ed.). La Haya: Nijhoff.
- (1980). *Experiencia y juicio. Investigaciones acerca de la genealogía de la lógica*. Traducción de J. Reuter. E. México: UNAM.
- (1984). *Logische Untersuchungen*. Zweiter Band: *Untersuchungen zur Phänomenologie und Theorie der Erkenntnis*. En *Husserliana XIX*, 1/2. U. Panzer (ed.). La Haya: Nijhoff.

- (2001). *Die «Bernauer Manuskripte» über das Zeitbewusstsein (1917-1918)*. En Husserliana XXXIII. R. Bernet y D. Lohmar (eds.). Dordrecht: Kluwer.
- (2004). *Wahrnehmung und Aufmerksamkeit. Texte aus dem Nachlass (1893-1912)*. En Husserliana XXXVIII. Th. Vongehr y R. Giuliani (eds.). Dordrecht: Springer.
- (2006). *Späte Texte über Zeitkonstitution (1929-1934). Die C-Manuskripte*. En Husserliana VIII, Materialen. D. Lohmar (ed.). Dordrecht: Springer.
- Kalinina, E. (2016). “What do We Talk About When We Talk About Media and Nostalgia?”. En E. Menke y Ch. Schwarzenegger (eds.), *Medien & Zeit (Media, communication and nostalgia)*, n. 4, pp. 6-16.
- Montesó-Ventura, J. (2019). *Interés, atención, verdad. Una aproximación fenomenológica a la atención*. Sevilla: Thémata.
- (2021). “La nostalgia como efugio al estado de angustia”. En *Agora: papeles de filosofía*, vol. 40, n. 2, pp. 109-133.
- (2022). “«Nostalgia de futuro». Expectativas pasadas en la no-experiencia del presente”. En *Investigaciones fenomenológicas*, n. 19, pp. 119-138.
- Osswald, A. M. (2016). *La fundamentación pasiva de la experiencia. Un estudio sobre la fenomenología de Edmund Husserl*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Quepons, I. (2013). “Nostalgia y anhelo. Contribución a su esclarecimiento fenomenológico”. En *Open Insight*, vol. 4, n. 5, pp. 117-145.
- (2014). “Asociación pasiva y formación del temple de ánimo: aspectos de una fenomenología de la nostalgia”. En *Devenires*, vol. XV, n. 29, pp. 217-248.
- (2015). “El resplandor de la nostalgia: esbozo de una descripción”. En: M. Venebra y A. Jiménez (eds.), *Antropología y fenomenología, reflexiones sobre historia y cultura*. México: Conaculta/Brújula, pp. 191-227.
- Rabanaque, L. R. (2021). “Intencionalidad pasiva y receptiva. Experiencia originaria del mundo”. En A. Serrano de Haro (ed.), *Guía Comares de Husserl*. Granada: Comares, pp. 109-120.
- Ricoeur, P. (2005). *Caminos del reconocimiento*. Traducción de A. Neira. Madrid: Trotta.
- Steinbock, A. J. (1995). *Home and Beyond. Generative Phenomenology after Husserl*. Evanston: Northwestern University Press.
- Tannock, S. (1995). “Nostalgia critique”. En *Cultural Studies*, vol. 9, n. 3, pp. 453-464.
- Waldenfels, B. (2001). “Mundo familiar y mundo extraño. Problemas de la intersubjetividad y de la interculturalidad a partir de Edmund Husserl”. En *Ideas y Valores*, n. 116, pp. 119-131.
- Zirión Quijano, A. (2019). “Coloraciones emotivas y temples anímicos en los Estudios acerca de la estructura de la conciencia de Husserl”. En *Isegoría*, n. 60, pp. 123-145.